

ismaelitas, druzos, haschichinos, zendiks sectas secretas y de doble sentido, aliando el fanatismo á la incredulidad, la licencia al entusiasmo religioso, la audacia del librepensador á la superstición del iniciado. Sólo realmente en el siglo XII es cuando el islamismo triunfa de los elementos indisciplinados que bullfan en su seno, á causa del advenimiento de la teología ascharita, más severa en su continente, y por el exterminio violento de la filosofía. Desde aquella época no se suscita una duda, no se formula una protesta en el mundo musulmán. La dificultad de las creaciones religiosas reside por entero en la primera generación de fieles, que presta el punto de apoyo necesario á la creencia del porvenir. La fe es obra del tiempo, y el cemento de los edificios religiosos se endurece al envejecer.

II

No siendo la naturaleza humana, en su conjunto, ni enteramente buena, ni enteramente mala, ni completamente santa, ni por completo profana, se peca igualmente contra la crítica cuando se pretende reducir los movimientos religiosos de la humanidad, ya sea á un juego de intereses y pasiones individuales, ya sea á la acción exclusiva de móviles superiores. Una revolución tan profunda como el islamismo no ha podido ser fruto de una hábil combinación, y Mahoma no es más explicable por la impostura y la astucia que por el iluminismo del entusiasmo. A los ojos del lógico que se coloca en el punto de vista de las abstracciones y opone una á otra la verdad y la mentira como categorías absolutas no hay término medio entre el impostor y el profeta. Pero á los ojos del crítico que se colo-

ca en el medio fugaz é inapreciable de la realidad, nada de lo que del hombre sale es puro; todo lleva junto al sello de la belleza su mancha original. ¿Quién puede marcar la línea divisoria que separa en sus propias sensaciones morales lo amable de lo aborrible, la fealdad de la belleza, la visión angélica de la visión satánica, y hasta en cierta medida la alegría del dolor? Las religiones eran las obras más completas de la naturaleza humana, las que la expresan con mayor unidad; son las que más participan de las contradicciones de esta naturaleza y excluyen los juicios simples y absolutos. Querer aplicar con firmeza á estos fenómenos caprichosos las categorías de la escolástica, juzgarlos con el aplomo del casuista, trazando una línea profunda entre la sabiduría y la locura, es desconocer su naturaleza. Todo ocurre como en aquellos espejismos de una de las noches de Walpurgis, en aquel gran sábado de todas las pasiones y de todos los instintos. Lo santo y lo infame, lo encantador y lo horrible, el apóstol y el juglar, el cielo y el infierno, se dan la mano en él, como las visiones de un sueño turbado, en el que todas las imágenes, ocultas en los repliegues de la fantasía, aparecen sucesivamente.

He insistido largo tiempo sobre la enfermedad nativa del islamismo; sería injusticia no añadir que ninguna religión ni ninguna institución resistiría á la prueba á que podemos someter á esta. ¿Qué profeta presentaría cara á la crítica si la crítica le perseguía como al nuestro hasta en su alcoba? ¡Felices aquellos á quienes cubre el misterio y que luchan atrincherados detrás de la nube! Tal vez acaso nuestro siglo ha abusado de la palabra espontaneidad en la explicación de los fenómenos que ni la experiencia del presente ni los testimonios de la historia podrían hacernos comprender!

Por reacción contra una escuela que había exagerado el poder creador de las facultades reflexiva; que no había querido ver en el lenguaje, las creencias religiosas y morales, la poesía primitiva, más que invenciones deliberadas, nos sentimos demasiado inclinados, según parece, á creer que debe ser excluída toda idea de composición de los problemas primitivos y toda idea de impostura de la formación de las grandes leyendas. En vez de decir que las lenguas, las religiones, las creencias y la poesía populares se han formado por sí mismas, sería más exacto decir que no se las ve formarse. Acaso lo espontáneo no es más que lo obscuro; pues he aquí la única religión cuyos orígenes sean claros é históricos, y en cuyos orígenes encontramos mucha reflexión, deliberación y combinación. ¡No quiera Dios que yo intente, en lo que quiera que sea, atender á la majestad del pasado! Cuando por primera vez se aplica la crítica á un hecho ó á un libro que había cautivado el respeto de un gran número de generaciones, se descubre casi siempre que la admiración era mal empleada; se distinguen mil artificios, mil retoques, mil casi casi que destruyen la gran impresión de belleza ó de santidad que había seducido á los siglos no críticos. ¡Qué día aquel para la fama de Homero en el que las desdichadas proposiciones de Venecia han venido á revelarnos las supresiones de Zenodote y de Aristarco é introducirnos en cierto modo en el comité en que se ha elaborado el poema que parecía hasta entonces la emisión más directa y el rayo más resplandeciente del genio personal! ¿Quiere decir esto que la crítica haya destruído á Homero? Equivaldría esto á decir que los progresos de la filosofía y de la estética han destruído la antigüedad por que han demostrado la inanidad de ciertas bellezas largo tiempo muy apre-

ciadas, y de las que la antigüedad es perfectamente inocente. Tanto valdría decir que la exégesis ha destruído la Biblia, porque en lugar de los contrasentidos de la Vulgata nos ha puesto de manifiesto una literatura notable por su originalidad.

La crítica destituye la admiración, pero no la destruye. La admiración es un acto esencialmente sintético: no es disecando un cuerpo bello como se descubre la belleza; no es examinando con el lente los acontecimientos de la historia y las obras del espíritu humano como se reconoce su alto carácter. Puédesse afirmar que si viésemos el origen de todas las grandes cosas del pasado tan de cerca como las mezquinas agitaciones del presente se desvanecería todo prestigio, y que no nos quedaría nada para adorar; no es, pues, en esta región interior de las fluctuaciones y de los desfallecimientos del individuo donde conviene buscar la eterna belleza. Las cosas no son bellas sino porque en ellas se ve la humanidad, por los sentimientos que á ella circunscribe, por los símbolos que de ella extrae. Ella es quien crea esos tonos absolutos que jamás existen en la realidad. La realidad es compleja, mezcla de bien y de mal, á la vez digna de admiración y de censura, digna de amor y de odio. Al contrario, lo que excita los homenajes de la humanidad es sencillo, sin mancha, por completo admirable. La crítica, exclusivamente preocupada de la verdad, tranquila por otra parte acerca de las consecuencias, puesto que sabe que los resultados de sus investigaciones no penetran en todas las regiones en que la ilusión es necesaria, tiene por objeto separar los contrasentidos de los que la humanidad casi no se ocupa. No exagera la importancia de esta misión. ¿En efecto, que importa que la humanidad cometa errores históricos en su admiración, que haga más puros y

más bellos de lo que en realidad eran á los hombres que ha adoptado? Dirigiéndose su homenaje á la belleza que les supone y que en ellos ha puesto, no es por ello menos meritoria. Desde el punto de vista de la verdad histórica, sólo el sabio tiene el derecho de admirar; pero desde el punto de vista de la moral el ideal pertenece á todos. Los sentimientos tienen su valor independientemente de la realidad del objeto que los excita, y cabe dudar de que la humanidad comparta jamás los escrúpulos del erudito, que sólo sobre seguro quiere admirar.

Después de haber determinado la parte del limo terrestre en la obra del fundador del islamismo, debo poner ahora de manifiesto en qué esta obra fué santa y legítima, es decir, en qué correspondió á los instintos más arraigados de la naturaleza humana, y en particular á las necesidades de Arabia en el siglo VII.

El islamismo aparecía hasta aquí en la historia como una tentativa perfectamente original y sin antecedentes. Era casi como una forma obligada de presentar á Mahoma como el fundador de la civilización del monoteísmo, y hasta (y este error ha sido infinitamente repetido) de la literatura de los árabes. Ahora bien, se puede decir que lejos de comenzar en Mahoma, el genio árabe encuentra en él su última expresión. No sé si hay en toda la historia de la civilización un cuadro más simpático, más gracioso, más animado que el de la vida árabe antes del islamismo, tal como nos aparece en los *Moallakat*, y sobre todo en ese tipo admirable de Antar: libertad ilimitada del individuo, ausencia completa de ley y de poder, sentimiento exaltado del honor, vida nómada y cabaleresca, fantasía, alegría, malicia, poesía ligera é indevota, refinamiento de amor. Pues bien, esta flor de delicadeza de la vida árabe acaba

precisamente al advenimiento del islamismo. Los últimos poetas de la gran escuela desaparecían haciendo á la religión naciente la más viva oposición. Veinte años después de Mahoma, Arabia es humillada, aventajada por las provincias conquistadas. Cien años más tarde, el genio árabe desaparece por completo. Persia triunfa por el advenimiento de los abasidas; Arabia desaparece para siempre de la escena del mundo, y mientras que su lengua y su religión van á llevar la civilización desde la Malasia hasta Marruecos, de Touboctú á Samarkand, ella, olvidada, rechazada hacia sus desiertos, vuelve á ser lo que era en tiempo de Ismael. Hay así en la vida de las razas un primer y rápido fulgor de conciencia, momento divino, en el que, preparados, por una lenta evolución interior llegan á la luz, producen su obra maestra, después se eclipsan, cual si aquel gran esfuerzo hubiese agotado su fecundidad.

Mahoma no es el fundador del monoteísmo, como no lo es de la civilización y de la literatura entre los árabes. Resulta de numerosos hechos, señalados por vez primera por M. Caussin de Perceval, que Mahoma no ha hecho más que seguir el movimiento religioso de su tiempo, en lugar de aventajarlo. El monoteísmo, el culto de *Alah supremo* (*Allah taala*) parece haber constituido siempre el fondo de la religión árabe. La raza semítica no ha concebido jamás el gobierno del universo de otro modo que como una monarquía absoluta. Su teodicea no ha realizado progreso alguno desde el *Libro de Job*; las grandezas y las aberraciones del politeísmo le han sido siempre extrañas. Algunas supersticiones contaminadas de idolatría, que varían de tribu á tribu, habían, sin embargo, alterado entre los árabes la pureza de la religión patriarcal, y

frente á religiones más fuertemente organizadas, todos los espíritus ilustrados de Arabia aspiraban á un culto mejor. Un pueblo no llega casi á concebir la insuficiencia de su sistema religioso más que por sus relaciones con el extranjero, y las épocas de creación religiosa siguen de ordinario á las épocas de mezcla entre las razas. Ahora bien, en el siglo VI, la Arabia, que hasta entonces había permanecido inaccesible, se abre por todas partes: griegos, sirios, persas, abisinios penetran en ella á la vez. Los sirios llevan la escritura; los abisinios y los persas reinan alternativamente en el Yemen y el Bahren. Varias tribus reconocían la soberanía de los emperadores griegos y recibían de ellos un toparca. El episodio más singular tal vez de la historia anteislámica es el del príncipe poeta Imroulcays, yendo á buscar un asilo en Constantinopla, anudando una intriga amorosa con la hija de Justiniano, cantándola en versos árabes y muriendo envenenado por las órdenes secretas de la corte de Bizancio. La diversidad de religiones sostenía igualmente en Arabia un singular movimiento de ideas. Tribus enteras habían abrazado el judaísmo; el cristianismo contaba iglesias respetables en Nedjran, en los reinos de Hira y de Ghassan. En todas partes se discutía sobre religión. Nos ha quedado un curioso monumento de esas controversias en la disputa de Gregentis, obispo de Zhefár, contra el judío Herban. Acabó por establecerse una especie de tolerancia vaga y de sincretismo de todas las religiones semíticas; las ideas de Dios único, de paraíso, de resurrección, de profetas, de libros sagrados se fueron poco á poco insinuando en las mismas tribus paganas. La Caaba se convirtió en el panteón de todos los cultos; cuando Mahoma arrojó las imágenes de la casa santa, en el número de los dioses expulsa-

dos había una virgen bizantina pintada en una columna, con su hijo en brazos.

Este gran trabajo religioso se tradujo al exterior por hechos significativos que anunciaban una próxima aparición. Vióse una multitud de hombres contentos del culto antiguo ponerse en viaje para ir en busca de la mejor religión, ensayar alternativamente los diferentes cultos existentes, y fallidos sus deseos, crearse una religión individual en armonía con sus necesidades morales. Toda aparición religiosa es así precedida de una especie de inquietud y de vaga espera que se manifiesta en algunas almas privilegiadas por presentimientos y deseos. El islamismo tuvo su Juan Bautista en su viejo Simeón. Algunos años antes de la predicación de Mahoma, mientras que los koreischitas celebraban la fiesta de uno de sus ídolos, cuatro hombres más ilustrados que el resto de su nación se reunían apartados de la multitud y se comunicaban sus pesamientos. «Nuestros compatriotas—se decían—marchan por errado camino; se han alejado de la religión de Abraham. ¿Qué es esa pretendida divinidad á la cual inmolan víctimas y alrededor de la cual hacen solemnes procesiones? Busquemos la verdad, y para encontrarla, dejemos si fuera menester nuestra patria y recorramos los países extranjeros.» Los cuatro personajes que formaban aquel proyecto eran Waraca, hijo de Naufal; Othman, gijo de Howayrith; Obeydalla, hijo de Djahsch, y Zeid, hijo de Asur.

Waraca había adquirido en sus frecuentes relaciones con los cristianos y los judíos una instrucción superior á la de sus conciudadanos. Adoptando una creencia generalmente admitida, estaba persuadido de que un enviado del cielo debía aparecer pronto en la tierra, y que aquel enviado debía

salir de la nación árabe. Había adquirido el conocimiento de la escritura hebraica y leído los libros santos. Habiéndole Khadifia, su prima, referido la primera visión de su marido, declaró que Mahoma era el profeta de los árabes y predijo las persecuciones que soportaría. Murió poco después, no habiendo entrevisto más que la aurora del islamismo.

Othman, hijo de Howayrith, se puso en viaje interrogando á todos aquellos de quienes esperaba obtener alguna luz. Los religiosos cristianos le inspiraron gusto por la fe de Jesucristo. Fué á presentarse en la corte del emperador de Constantinopla, donde recibió el bautismo.—Obeydallah, hijo de Djahsch, después de inútiles esfuerzos para llegar á la religión de Abraham, permaneció en la duda y en la incertidumbre hasta el momento en que Mahoma comenzó su predicación. Creyó primeramente reconocer en el islamismo la verdadera religión que buscaba, pero bien luego renunció á ella para consagrarse definitivamente al cristianismo.—En cuanto á Zeyd, hijo de Asur, se trasladaba todos los días á la Caaba y rogaba á Dios le iluminase. Se le veía apoyado de espaldas en la pared del templo entregarse á piadosas meditaciones, de las que salía exclamando: «¡Señor, si yo supiera de qué manera tú quieres ser servido y adorado, obedecería tu voluntad, pero lo ignoro!» En seguida se prosternaba con el rostro contra el suelo. No adoptando ni las ideas de los judíos ni las de los cristianos, Zeyd se formó una religión aparte, procurando conformarse con el que él creía haber sido el culto seguido por Abraham. Rendía homenaje á la unidad de Dios, atacaba públicamente las falsas divinidades y declamaba con energía contra las prácticas supersticiosas. Perseguido por sus conciudadanos, huyó y recorrió la Mesopotamia y la Siria, consultando

donde quiera á los hombres consagrados á los estudios religiosos, en la esperanza de encontrar la religión patriarcal. Un sabio monje cristiano, con el que había trabado relación, le informó—dicen—de la aparición de un profeta árabe que predicaba la religión de Abraham en la Meca. Zeyd se apresuró á ponerse en camino para oír al apóstol, pero fué detenido en su marcha por una partida de ladrones, despojado y condenado á muerte.

Así, por todas partes se presentaba una gran renovación religiosa; por todas partes se decía que el tiempo de la Arabia era llegado. El *profetismo* es la forma que revisten todas las grandes revoluciones en los pueblos semíticos, y el profetismo no es, verdaderamente, más que la consecuencia necesaria del sistema monoteísta. Los pueblos primitivos, creyendo estar siempre en relación inmediata con la divinidad, y considerando los grandes acontecimientos del orden físico y del orden moral como efectos de la acción directa de seres superiores, no han tenido más que dos maneras de concebir la influencia de Dios en el gobierno del universo: ó bien la fuerza divina se encarna en una forma humana, y esto es el *avatar* indio, ó bien Dios se escoge por órgano un mortal privilegiado, y esto es el *nabí* ó profeta semítico. Hay, en efecto, tanta distancia de Dios al hombre en el sistema semítico, que la comunicación de uno con el otro no puede efectuarse sino por medio de un intérprete que permanece siempre completamente separado del que le inspira. Decir que la Arabia iba á entrar en la era de las grandes cosas, era decir, por consiguiente, que iba á tener su profeta como las otras familias semíticas. Varios individuos, adelantándose á la madurez de los tiempos, creyeron ó pretendieron ser el apóstol anunciado. Mahoma crecía en medio de aquel movimiento.

Sus viajes por Siria, sus relaciones con los monjes cristianos y acaso la influencia personal de su tío Waraca, tan versado en las escrituras judías y cristianas, le iniciaron pronto en todas las perplejidades religiosas de su siglo. No sabía ni leer ni escribir, pero las historias bíblicas habían llegado hasta él por narraciones que le habían impresionado vivamente, y que quedando en su inteligencia en el estado de vagos recuerdos, dejaban á su imaginación libertad completa. El reproche de haber alterado las escrituras bíblicas que se ha dirigido á Mahoma, está completamente fuera de lugar. Mahoma aceptaba las narraciones tal como se le daban, y la parte narrativa del Corán no es más que la reproducción de las tradiciones rabínicas y de los evangelios apócrifos. El *Evangelio de la infancia*, sobre todo, que muy pronto fué traducido al árabe y que no ha sido conservado más que en esta lengua, había adquirido extraordinaria importancia entre los cristianos de las regiones apartadas de Oriente y había casi eclipsado los evangelios canónicos. Es cierto que las narraciones de que hablamos eran uno de los medios de acción más poderosos de Mahoma. Nadhr, hijo de Hârith, algunas veces se le presentaba como competidor; había vivido en Persia y conocía las leyendas de los antiguos reyes de aquel país.

Cuando Mahoma reunía un auditorio y le presentaba rasgos de la vida de los patriarcas y los profetas, ejemplos de la venganza divina caída sobre naciones impías, Nadhr tomaba la palabra tras él y decía: — «Escuchad ahora cosas que valen tanto como las que Mahoma os ha expuesto.» Refería entonces los hechos más sorprendentes de la historia heroica de Persia, las maravillosas hazañas de los héroes Rustem é Isfendiâr; después añadía: «¿Son

más bellas que las mías las narraciones de Mahoma? El os explica antiguas leyendas que ha recogido de labios de hombres más sabios que él, como yo mismo las he recogido en mis viajes, consignando por escrito los relatos que os hago.»

Mucho tiempo antes del islamismo los árabes habían adoptado para explicar sus propios orígenes las tradiciones de los judíos y de los cristianos. A menudo la leyenda por la cual los árabes se afiliaron á Ismael, se ha considerado de valor histórico y confirmación poderosa de las narraciones de la Biblia. Esto es inadmisibile á los ojos de una crítica severa. No se puede dudar de que la reputación bíblica de Abraham, de Job, de David, de Salomón, hayan comenzado entre los árabes hacia el siglo V. Los judíos (*las gentes del libro*) habían guardado hasta entonces los archivos de la raza semítica, y los árabes reconocían de grado su superioridad en erudición. El *libro* de los judíos hablaba de los árabes, les atribuía una genealogía; no era menester más para que éstos la aceptasen con confianza: tal es el prestigio que alcanzan los textos escritos en los pueblos sencillos, siempre presurosos por afiliarse á los orígenes de los pueblos más civilizados.

Se refiere que en la época en que Mahoma comenzaba á hacerse notar, los mequeses tuvieron la idea de enviar diputados á Medina para consultar á los rabinos de aquella villa acerca de lo que era preciso pensar del nuevo profeta. Los diputados pintaron á los doctores la persona de Mahoma, le expusieron lo que eran sus discursos y añadieron: «Preguntadle: ¿Quiénes eran ciertos jóvenes de los siglos pasados cuya aventura es una maravilla? ¿Quién era un personaje que ha alcanzado los límites de la tierra á Oriente y á Occidente? ¿Qué es el alma? Si respnde á estas tres preguntas de tal ó cual mane-

ra, es un verdadero profeta. Si de otro modo responde, ó no puede responder, es un charlatán.»

Mahoma resolvió el primer enigma por la historia de los Siete Durmientes, en todo el Oriente popular; la segunda diciendo que era Dhoul-Carnayn, conquistador fabuloso que no es otro que el legendario Alejandro del *Pseudo-Callisthenes*. En cuanto á la última pregunta respondió ¡ay! tal vez todo lo que puede responderse: «El alma es una cosa cuyo conocimiento está reservado á Dios. Al hombre no le es concedido poseer más que un débil fulgor de su ciencia.»

La parte dogmática del islamismo aun supone menos creación que la parte legendaria. En este sentido Mahoma estaba completamente desprovisto de invención. Extraño á los refinamientos del misticismo, no ha sabido fundar más que una religión sencilla y por todas partes limitada por el sentido común, tímida como todo lo que de la reflexión nace, estrecha como todo lo dominado por el sentimiento real. El símbolo del islamismo, á lo menos antes de la invasión relativamente moderna de las sutilidades teológicas, apenas aventaja á los más simples datos de la religión natural. Ninguna pretensión trascendente, ninguna de esas atrevidas paradojas del naturalismo, en las que se despliega con tanta originalidad la imaginación de las razas dotadas para el infinito; nada de sacerdocio, nada de culto, aparte de la oración. Todas las ceremonias de la Caaba, los paseos procesionales, la peregrinación, el *omra*, los sacrificios en el valle de Mina, el desbordamiento del monte Araf, estaban organizados en todos sus detalles mucho antes de Mahoma.

La peregrinación, sobre todo, era desde tiempo inmemorial el elemento esencial de la vida árabe; lo que eran los juegos Olímpicos para Grecia, es

decir, los panegóricos de la nación, á la vez religiosos, comerciales, poéticos. El valle de la Meca había de esta suerte convertido en el punto central de Arabia, y á pesar de la división y la rivalidad de la tribus, la hegemonía de la familia que guardaba la Caaba era implícitamente reconocida. Fué un momento, y que forma casi era en la historia de los árabes, aquel en que se cerró con cerradura la casa santa. Desde entonces la autoridad fué adscrita á la posesión de las llaves de la Caaba. El koreischita Cosray, después de haber embriagado al khozaita Abu-Ghobsschan, guardián de las llaves, se las compró, dice la leyenda, por un pellejo de vino y fundó así la primacial autoridad de su tribu. En aquel momento comienza el gran movimiento de organización de la nación árabe. Hasta entonces no se había intentado levantar más que tiendas en el valle sagrado; Cosray agrupó en ellas á los koreischitas, reconstruyó la Caaba y fué el verdadero fundador de la ciudad de la Meca. Todas las instituciones más importantes datan de Cosray: el *nadwa* ó consejo central con residencia en la Meca; el *liwa* ó bandera; el *rifada* ó limosna destinada á costear los gastos de los peregrinos; la *sicaya* ó intendencia de las aguas, carga capital en un país como Hedjaz; el *nasaa* ó intercalación de los días complementarios en el calendario; el *hidjaba* ó la guarda de las llaves de la Caaba. Estas funciones, que resumían toda la institución política y religiosa de la Arabia, estaban exclusivamente reservadas á los koreischitas. Así, desde mediados del siglo V, queda echado el germen de la centralización de la Arabia, y el punto del que debía partir la organización religiosa y política de aquel país, está anticipadamente designado. Cosray, en cierto modo, ha fundado mucho más que Mahoma. Hasta fué mi-

rado como una especie de profeta, pasando su voluntad como artículo de religión.

Háschem, en la primera mitad del siglo VI, completó la obra de Cosray y extendió de un modo sorprendente las relaciones comerciales de su tribu: estableció caravanas, una de invierno para el Yemen, otra de verano para la Siria. Abd-el-Mottalid, hijo de Háschem y abuelo de Mahoma, continuó la tradicional obra de la oligarquía koreischita por el descubrimiento del pozo de Zemzem (1).

Este pozo, independientemente de la tradición que á él va unida, era, en un valle árido y tan frecuentado como el de la Meca, un punto muy importante, y aseguraba la preeminencia á la familia que se lo hubiese apropiado. La tribu de los koreischitas se encontraba así elevada, como la de Judá entre los hebreos, al rango de tribu privilegiada, destinada á realizar la unidad de la nación. Mahoma no hizo, pues, más que coronar la obra de sus antepasados; en política como en religión, no ha inventado nada, pero ha realizado con energía las aspiraciones de su siglo. Queda por averiguar qué auxiliares encontró en los instintos eternos de la naturaleza humana, y cómo supo dar á su obra la base más inconvencible, apoyándose sobre las debilidades del corazón.

Independientemente de toda creencia dogmática, hay en el hombre necesidades religiosas á las que la misma incredulidad no podría sustraeros. Se maravilla uno á veces de que una religión pueda vivir tan largo tiempo después de haber sido minado el edificio de sus dogmas por la crítica; pero, en realidad, una religión no se funda ni se derriba con razonamientos: tiene su razón de ser en las más im-

(1) Es la fuente que, según la leyenda árabe Dios, hizo brotar en el desierto para apagar la sed de Ismael.—N. del A.

periosas necesidades de nuestra naturaleza, necesidad de amar, necesidad de sufrir, necesidad de creer. He aquí por qué la mujer es el elemento esencial de todas las fundaciones religiosas. El cristianismo ha sido, el pie de la letra, fundado por mujeres. El islamismo, que no es precisamente una religión *santa*, sino más bien una religión natural, seria, liberal, una religión de hombres, en una palabra, nada tiene, lo confieso, comparable con los admirables tipos de Magdalena y de Tecla; sin embargo, esta fría y razonable religión tuvo seducciones bastantes para fascinar al sexo devoto. Nada más inexacto que las ideas generalmente extendidas en Occidente acerca de la condición creada á la mujer por el islamismo: la mujer árabe en la época de Mahoma en nada absolutamente se parecía á ese ser estúpido que puebla el harem de los otomanos. En general, es cierto, los árabes tenían mala opinión de las cualidades morales de la mujer, porque el carácter de la mujer es exactamente lo contrario de lo que los árabes consideran como el tipo del hombre perfecto. Se lee en el *Kitab el Aghâni* que un jefe de la tribu de Jaschkor, llamado Moschamradj, habiendo en una excursión contra los temimitas robado una joven de noble familia, el tío de ella, Cays, hijo de Acim, fué á pedírsela á Moschamradj, ofreciéndole un rescate. Moschamradj dió á la joven facultad para optar entre quedarse á su lado ó volver junto á su familia, y la joven, que se había prendado de su raptor, le prefirió á sus padres.

Cays se volvió de tal manera estupefacto é indignado de la debilidad de un sexo capaz de elección semejante, que al llegar á su tribu hizo enterar vivas dos hijas de corta edad que tenía, y juró que trataría de igual modo á todos los hijos que le nacieran en el porvenir. Aquellas simples y leales

naturalezas no podían comprender la pasión que eleva á la mujer por encima de las afecciones exclusivas de la tribu; pero era para ello preciso que la considerasen como un ser menor y sin individualidad. Había allí mujeres dueñas de sí mismas, disfrutando del goce de sus bienes, con facultad de escoger marido y despedirle cuando bien le pareciera. Varias se distinguían por su talento poético y sus gustos literarios. ¿No se había visto á una mujer, la bella El-Khansá, luchar con gloria con los poetas más célebres del gran siglo? Otras hacían de sus casas el punto de reunión de los literatos y de las gentes de talento.

Mahoma, realzando aún la condición de un sexo cuyos encantos fan vivamente le impresionaban, no se vió con ingratitud correspondido. La simpatía de las mujeres contribuyó no poco á consolarle en los primeros tiempos de su misión de las afrentas que recibía: le veían perseguido y le amaban. El primer siglo del islamismo presenta varios caracteres de mujeres verdaderamente notables. Después de Omar y Alí, las dos principales figuras de aquella gran época son las de dos mujeres, Aischa y Fatima. Una aureola de santidad circunda á Khadidja, y constituye un verdadero y bien honroso testimonio en favor de Mahoma, que por un hecho único en la historia del profetismo, su misión divina haya sido primero reconocida por la que podía mejor conocer sus debilidades. Cuando en los comienzos de su predicación, acusado de impostura y víctima de las burlas, iba á confiarle sus penas, ella le consolaba con sus palabras de ternura y avivaba su fe quebrantada. Así Khadidja jamás fué confundida en los recuerdos de Mahoma con las otras esposas que la sucedieron. Se refiere que una de éstas, celosa de tanta constancia, habiendo preguntado un día al

profeta si Alah no le había dado medio de hacerle olvidar á la antigua Khadidja, respondió aquél: «No. Cuando era pobre ella me enriqueció; cuando las otras me acusaban de mentira, ella creyó en mí; cuando mi nación me maldecía, ella me permaneció fiel, y cuanto más sufría, más me amaba ella.» Desde entonces cuando una de sus mujeres quería captarse su gracia, comenzaba por hacer el elogio de Khadidja.

La piedra de toque de una religión, después de sus mujeres, son sus mártires. La persecución, en efecto, es la primera de las voluptuosidades religiosas; es tan grato al hombre sufrir por su fe, que esa dulzura ha bastado á veces para hacer creer. La conciencia cristiana lo ha maravillosamente comprendido así, creando esas admirables leyendas, en las que tantas conversiones se operan por el encanto del suplicio. El islamismo, aunque haya permanecido extraño á esta profundidad del sentimiento, ha llegado también en ocasiones en sus relatos de mártires, á rasgos muy elevados. El esclavo Belál no estaría fuera de sitio entre los conmovedores héroes de la *Leyenda dorada*. A los ojos de los musulmanes; los verdaderos mártires son aquellos que han perecido combatiendo por la verdadera religión. Bien que haya en ello una confesión de ideas á la cual no podamos prestarnos, correspondiendo en nosotros la muerte del soldado y la del mártir á sensaciones completamente diferentes, el genio musulmán ha llegado á rodear á sus muertos de poesía bastante elevada. Bella y grande escena es, por ejemplo, la de los funerales que siguieron á la batalla de Ohod—«Enterradles sin lavar su sangre—exclamaba Mahoma;—el día de la resurrección aparecerán con sus heridas ensangrentadas que exhalarán olor á almizcle, y yo atestiguaré que han pe-